zones, de los Sres. Generales Negrete y Prieto, quienes hallándose al frente de la Reserva General é inmediatos al punto en que yo estaba, cumplieron también con valor y prontitud mis órdenes, lo que contribuyó en gran parte á nuestro triunfo.

"De los Sres. Generales Mendoza y Paz, sólo diré á Ud. que me sirvieron como siempre, muchísimo, y que no quisieron separarse de mi lado ni aun en los momentos que ya finalizado el combate y estando vencedoras nuestras fuerzas, creí indispensable mi presencia en Santa Inés. El General D. Francisco Alatorre, cuya línea fué hoy atacada, se condujo cual corresponde á su honradez y valor, lo mismo que el Sr. General Ghilardi y los Coroneles Manuel Cosío é Ignacio Alatorre.

"El combate de hoy ha sido el más sangriento y el que más honra á las armas de la República. Los muertos que dejaron los franceses y de que le hablo á Ud., fueron sólo en Santa Inés. Diré á Ud., por último, que el ejército invasor acaba de recibir un rudo golpe.

"Tenga Ud. la bondad, compañero, de transmitir estas noticias al Señor Ministro de la Guerra y admitir los testimonios de mi amistad y cariño.— *J. G. Ortega.*"

Al anterior relato, tan interesante por las noticias que contiene, el General González Ortega agregó lo siguiente, de tanta importancia como el anterior:

Oigámosle:

"En la mañana del día 25 y en el acto en que otras de aquellas minas hicieron de nuevo su explosión bajo los cimientos de la manzana de Santa Inés, me dirigió el correspondiente aviso el Sr. General Auza, á quien mandé decir: que dentro de algunas horas y tan luego como cesara el fuerte cañoneo que el enemigo asestaba sobre aquel punto, debería sufrir un asalto, y que siendo el edificio de Santa Inés uno de los que se formaba la línea de que ya he hecho mención, la orden que recibía era ésta: *rechazar al enemigo, ó defender el punto que le estaba encomendado hasta caer muerto ó prisionero con la fuerza que le obedecía.* Le mandé decir también con el mismo Ayundante que llevaba la orden: que por mi parte estaría pendiente de lo que pudiera acontecer en el combate que se trabaría dentro de poco.

"La respuesta que diera á la anterior, fué la siguiente: *que las órdenes que acababa de recibir quedarían exactamente cumplidas.* Situé por la derecha de Santa Inés á mis Ayudantes Díaz, Ortega y García Llamas, con el objeto de que me informaran con cuanta brevedad fuera posible, la hora en que el ejército francés lanzara sus columnas sobre aquel edificio. Cumplida aquella consigna y cuando recibí el aviso que esperaba, ordené que parte de las Reservas Generales, que se hallaban apostadas en la Plaza de Armas al mando de los dignos Generales Negrete y Prieto, reforzaran las calles y puntos inmediatos á la línea atacada.

"Empeñada la lucha, las fuerzas francesas, por todo el frente de nuestra línea y con un arrojo inaudito, marchaban con paso firme sobre nuestros parapetos, sobre la multitud de puntos no fortificados de la plaza y sobre aquellos en que su artillería nos había abierto extensas y practicables brechas, cuya actitud imponente y atrevida podía distinguirse cuando algunas ráfagas de viento disipaban la obscuridad que producía el humo del combate.

"Las horas se sucedían y la lucha continuaba sangrienta, sin que la fortuna se manifestara propicia ni á una ni á otra parte.

"Yo hacía penetrar á Santa Inés á mis Ayudantes Vega, Calvillo, Ibarra, Lalanne, Sánchez, Lozano y Sandoval, tanto para recibir informes de los incidentes que ocurrieran en la parte interior del edificio, como para mandar decir al General Auza que no cejara un punto, fueran cuales fueran las pérdidas que tuviera, y que para resolver la cuestión en nuestro favor sólo se requería acabar de matar á los zuavos de que se componía el regimiento que había penetrado á aquel edificio. Todas sus respuestas no contenían sino estas sencillas palabras: *que estaba enterado y que quedarían cumplidas mis órdenes.*

"A los Generales Berriozábal, Alatorre, Llave, Régules y Ghilardi les previne que no hicieran cesar sus fuegos por el frente y flancos de nuestra línea atacada, y más cuando por los partes que estaba recibiendo vine en conocimiento que hechas pedazos por nuestros fuegos las columnas enemigas, vacilaban unas y retrocedían otras por todo el frente de nuestra citada línea. La respuesta que recibí de estos Generales era la misma que me diera el Sr. Auza.

"Uno de los Oficiales á quien sacaban herido de Santa Inés, me dijo: que acababa de dejar al Sr. General Auza cubierto con los es-

combros de una parte del edificio que se había desplomado sobre él.

"Mandé en el acto que penetraran otros de mis Ayudantes, para que dieran á los Coroneles Escobedo y Ramírez las órdenes á que aludo en la carta que dejo inserta. Por los informes que de ellos recibí, me impuse que ya el referido Sr. Auza, aunque lleno de golpes y contusiones se encontraba fuera de los escombros, y permanecía en el edificio atacado por no haber querido que lo sacaran de él; y que, si bien vencedor, ya no podía continuar mandando por el estado de postración física á que lo había reducido aquel incidente desgraciado.

"Debo también decir á Ud., señor Ministro, para conocimiento del Magistrado Supremo de la Nación: que no obstante el estado violento en que se encontraban los defensores de la plaza á consecuencia del riguroso asedio que sufría aquélla, ni los soldados ni los oficiales franceses recibieron el más ligero insulto, ni la más insignificante tropelía ó vejación de nuestros Jefes, Oficiales y soldados, sino muestras de consideración y pruebas de sublime generosidad en el acto mismo de caer prisioneros.

"De varios oficiales franceses que me encontraron en la Plaza de Armas y Atrio de Catedral, y que estando ya prisioneros venían tomados del brazo de alguno de mis Ayudantes y otros Jefes y Oficiales de nuestro Cuerpo de Ejército, unos me suplicaron que no se les paseara en triunfo, y algún otro, que se les volvieran las armas de que habían sido despojados después de la derrota que habían sufrido.

"A los primeros les dije: que eran conducidos al interior de la ciudad y por las calles precisas, para ser colocados en los edificios más cómodos y decentes que pudieran encontrarse en el acto; que el Ejército Mexicano respetaba al valor desgraciado, y no sabía ostentar sus triunfos sino de una manera noble y digna. Mi contestación á los segundos, fué dar la orden en presencia de ellos mismos, para que se recogieran sus armas y se las devolvieran inmediatamente.

"Todos se manifestaron complacidos de mi respuesta, y dándome las gracias cortesmente siguieron su marcha, custodiados sólo por nuestros Oficiales y por alguna gente curiosa del pueblo.

"Poco después entraron también prisioneros y por las mismas calles, los zuavos, quienes fueron tratados de la manera que lo habían sido sus oficiales. De las palabras de los mismos zuavos, de la quietud de su espíritu, revelada en sus maneras y en su semblante, se conocía claramente la confianza que tenían en nuestro Ejército, al hallarse prisioneros y en poder de él.

"Di igualmente la orden para que fueran colocados en edificios cómodos y salubres de la ciudad, aquellos valientes que habían llenado los deberes que tenían como soldados, de una manera audaz y temeraria, y sobrepujando á la que pudiera exigir el honor y las leyes militares. Dispuse, además, que se les tratara con toda consideración y se les alimentara del mejor modo posible, atendida la escasez de víveres en que se hallaba la plaza.

"Los oficiales heridos pertenecientes al ejército francés, que entraban por las mismas calles un poco después, eran conducidos á los hospitales en brazos de nuestros mismos Jefes y Oficiales, quienes rendían con esto un nuevo homenaje al valor.

"Cuando se recogían los heridos franceses con el objeto de que el arte y la ciencia salvaran á los que fuera posible, el mismo enemigo nos hirió 2 Oficiales, muchos soldados y al bravo Teniente Coronel Carlos Galindo, quien en mi presencia y al cumplir con la orden que le di, una bala de cañón le llevó una pierna.

"En vista de esto mandé al General Ghilardi, á quien acababa de entregarle el punto, que suspendiera aquella humanitaria y filantrópica operación, y se limitara á levantar los heridos y cadáveres que estaban diseminados en los corredores, piezas y patio del edificio, procurando que todos los auxilios que se impartieran á los primeros fueran con una igualdad absoluta, esto es, que los heridos franceses se levantaran y fueran conducidos á los hospitales al mismo tiempo que los mexicanos.

"Dos horas permanecí en aquel edificio. Las órdenes que dí al General Auza la mañana de ese día, se las dejé también, al retirarme, al Sr. Ghilardi, quien al recibirlas me dijo: *que su palabra de honor me respondía del cumplimiento de ellas.*

"Por los informes dados por algunos de los prisioneros que se nos hicieron en San Javier y que lograron fugarse del campo enemigo, supe que otros de los prisioneros estaban en poder de Márquez, y los demás dedicados á rudos trabajos de zapa en los campamentos franceses.